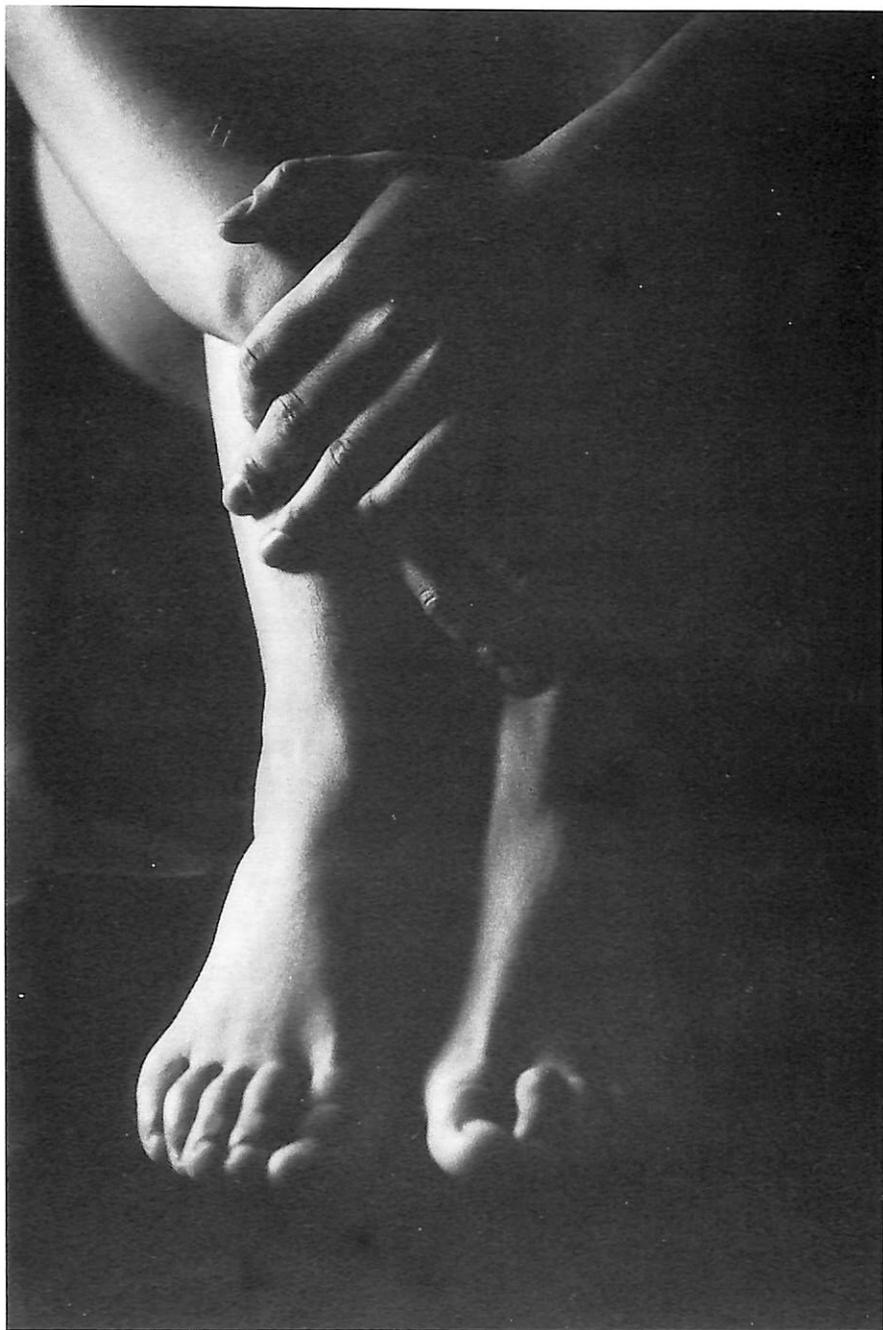


Sección a cargo de Guillermo Fernández



ITALIA EN LA COLMENA •

FRANCESCO GUICCIARDINI

Aforismos políticos y civiles

No creas en aquellos que predicán la libertad de manera convincente, porque de todos ellos es casi imposible hallar a uno solo que no tenga por móvil sus intereses particulares; y, a menudo, la experiencia enseña, de modo muy certero, que si creyesen ver en un gobierno totalitario mejores condiciones para realizar sus propósitos, correrían a servirle de inmediato.



No hay cosa más grande y más deseable para los hombres que viven en este mundo, que ver al enemigo postrado a sus pies y siervo de su voluntad; y esta gloria es doble para quien la ejecuta con destreza, es decir, siendo clemente y bastándole con haber vencido.



Si los príncipes —sólo porque así les parece— toman muy poco en cuenta a sus servidores o los hacen a un lado y los desprecian con tal de obtener el más pequeño de los beneficios, ¿cómo puede indignarse un señor si los servidores —a condición de que no hayan faltado a la lealtad y al honor— le abandonan o toman decisiones que más les convengan?



Al igual que todos los hombres, yo he deseado honores y lucro. Y los he obtenido muchas veces por encima de lo que había deseado y esperado. No obstante, jamás he hallado en ello la satisfacción que imaginé. Considerándolo bien, ésta podría ser una razón poderosa para alejar a los hombres de su vana codicia.



No hay que creer en aquellos que aseguran haber dejado los asuntos y las grandezas por su propia voluntad y por amor a la quietud, porque, generalmente, la razón no es otra que la ligereza o la necesidad. La experiencia enseña que casi todos ellos, al ofrecérseles la más leve oportunidad de volver a la vida de antes, abandonan al punto la tan alabada quietud y se arrojan de nuevo a la vida anterior con la misma prisa que el fuego consume los materiales grasos o rescos.



No es posible urdir conjuras sin el concurso de los otros, lo cual es peligroso. Por ser la mayor parte de los hombres perversos e imprudentes, se corre demasiado riesgo al acompañarse de personas de tal índole.



Ya he dicho y escrito en otras ocasiones que la caída de los Médicis, en el año 1527, se debió al hecho de haber querido gobernar en muchos aspectos de acuerdo con la manera democrática y por haber dudado de que el pueblo perdería la libertad al administrarla en varios casos según los principios monárquicos. La razón de estas dos conclusiones es que el Estado de los Médicis era odioso para la mayor parte de la ciudadanía, y para mantenerse en el gobierno necesitaba contar con un fundamento de partidarios suyos; es decir, de hombres que, por un lado, obtuvieran pingües beneficios del Estado y, por el otro, se consideraran perdidos y sin poder permanecer en Florencia si los Médicis eran derrocados [...]



No hay cosa más frágil que el recuerdo de los favores recibidos; por lo tanto, con más fundamento puede esperarse algo de aquellos que, por reunir ciertos requisitos, no os pueden fallar, que de aquellos que habéis beneficiado. Éstos últimos olvidan con frecuencia los favores recibidos, o los minimizan, considerando incluso que les fueron hechos casi por obligación.



No conozco a nadie que deteste tanto como yo la avaricia, la ambición y la molicie de los clérigos; porque si bien es cierto que cada uno de estos vicios es odioso en sí, cualquiera de ellos, y sobre todo los tres juntos, son algo inconveniente para quien debe llevar una vida al servicio de Dios. Son vicios tan adversos que no pueden reunirse sino en sujetos realmente extraños. Pese a la autoridad que me han otorgado varios pontífices, he amado su grandeza únicamente en favor de mi propio interés; y si no hubiera existido este, habría amado a Martín Lutero como a mí mismo, no con el fin de escapar a las leyes que inculca la religión cristiana, tal como se interpretan y entienden comúnmente, sino para poner en su debido sitio a la caterva de malvados, es decir, privarlos de sus vicios o de su autoridad.

La erudición depositada en las mentes débiles no las mejora o las echa a perder, pero cuando la cultura adquirida se compagina con la inteligencia innata, hace a los hombres perfectos y casi divinos.



Es imposible mantener los Estados de acuerdo con las normas morales, porque quien considera el origen de éstos, ve que todos se basan en la violencia, exceptuando los de las repúblicas, y éstas únicamente en su patria y no fuera de ellas. Y de esta regla no exceptúo a los emperadores y mucho menos a los clérigos, cuya violencia es doble, pues ellos atropellan con las armas temporales y las espirituales.



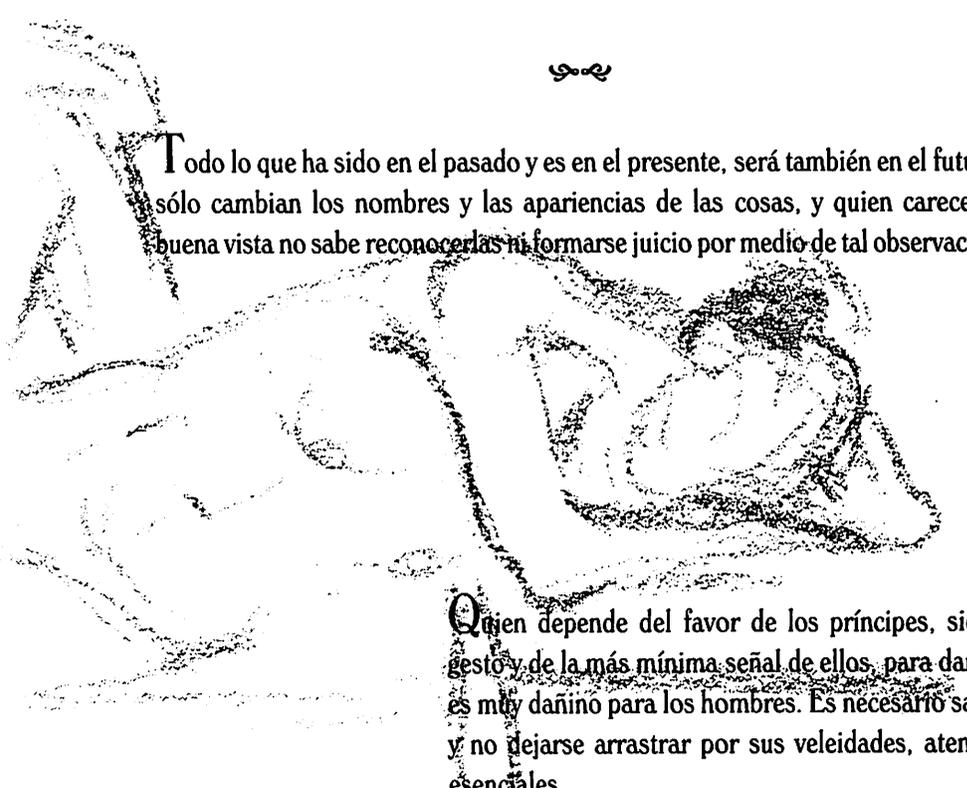
No te molestes en procurar cambios en la política, que sólo hacen cambiar una cara por otra, pero sin mudanza alguna en el estado de cosas que te disgusta, porque a la postre seguirás con el mismo descontento. Por ejemplo, ¿de qué serviría alejar de la casa de los Médicis a Giovanni Poppi, si en su lugar va a venir Bernardino de San Miniato, hombre de las mismas cualidades y condición?



La inteligencia superior al término medio es dada a los hombres para su infelicidad y tormento; porque sólo les sirve para tenerlos en muchas fatigas y ansiedades que no conocen los mediocres.



Todo lo que ha sido en el pasado y es en el presente, será también en el futuro; sólo cambian los nombres y las apariencias de las cosas, y quien carece de buena vista no sabe reconocerlas ni formarse juicio por medio de tal observación.



Quien depende del favor de los príncipes, siempre está pendiente de todo gesto y de la más mínima señal de ellos, para darles gusto de inmediato, lo cual es muy dañino para los hombres. Es necesario saber mantener en alto la cabeza y no dejarse arrastrar por sus veleidades, atendiéndoles solamente en cosas esenciales.



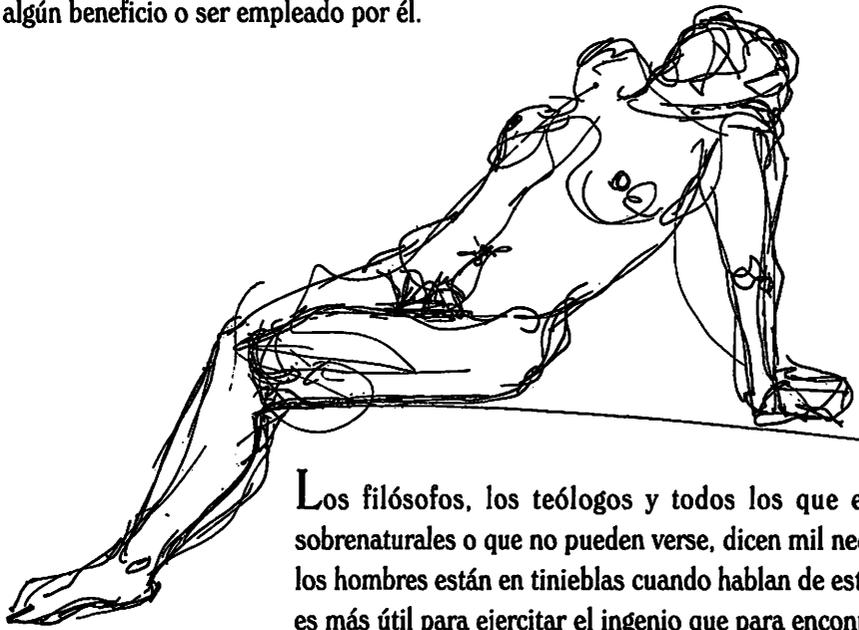
Nunca podré concebir fácilmente que la justicia de Dios haya tenido algo que ver con que los hijos de Ludovico Sforza medren del Estado de Milán, el mismo que obtuvo de muy perversa manera, y cuya adquisición fue causa de la ruina del mundo.



Para ponerse a salvo de un tirano cruel y bestial no hay regla ni medicina que valga, excepto la que aconseja la peste: huir de él lo más lejos y lo más pronto posible.



Es cosa deseable no nacer súbdito; sin embargo, es preferible serlo de príncipe que de república, porque ésta oprime a todos los súbditos y no comparte su grandeza sino con los ciudadanos. El príncipe es más imparcial con todos y tiene por súbdito lo mismo al uno que al otro, y todo el mundo puede esperar algún beneficio o ser empleado por él.



Los filósofos, los teólogos y todos los que escriben acerca de cosas sobrenaturales o que no pueden verse, dicen mil necedades; porque, de hecho, los hombres están en tinieblas cuando hablan de estas cosas, y esta indagación es más útil para ejercitar el ingenio que para encontrar la verdad.



Quien dice pueblo, dice, en verdad, animal necio, lleno de mil errores y de mil confusiones, sin fineza de juicio y sin estabilidad.



El hormigón con que se levantan los estados de los tiranos está hecho con la sangre de los ciudadanos. Por ello, cada quien debería guardarse de que en su ciudad no se levanten semejantes palacios.

«En el nombre sea del omnipotente Dios y de su gloriosísima Madre y Virgen Santa María y de San Juan Bautista, abogado y santo patrono de esta nobilísima ciudad [...]. Recuerdo que yo, Francesco de Piero Guicciardini, actualmente doctor en leyes civiles y canónicas, nací a los seis días del mes de marzo de 1482 [es decir, en 1483, según la usanza florentina], en Florencia, alrededor de las diez de la mañana, y al ser bautizado pusiéronme por nombre Francesco, por Francesco de Filippo Nerli, abuelo materno de mi padre; y Tommaso, por Santo Tomás de Aquino, pues su fiesta se celebraba el día en que yo nací. Fueron mis padrinos micer Marsilio Ficino, que fue el primer filósofo platónico que hubo en esos tiempos en el mundo, Giovanni Canacci y Piero del Nero». Así comienzan los *Recuerdos* [*Aforismos políticos y civiles*] de Guicciardini, el célebre escritor, diplomático e historiador florentino, contemporáneo de Maquiavelo, que fue un verdadero hombre en su tiempo, preocupado por el destino de Italia y por el desarrollo de los estados y de las naciones. Su *Historia de Italia* le valió el prestigio de «primer historiador moderno», según Emilio Pasquini; y como escritor, sus «recuerdos», escritos entre 1512 y 1530, lo sitúan como iniciador del género aforístico, que tendría luego un gran desarrollo en Francia, con las *Máximas* de La Rochefoucauld (1665), los *Caracteres* de La Bruyère (1688); en Inglaterra, con los *Ensayos* (1625) de Francis Bacon, y en España, con *Agudeza y arte de ingenio* (1652), *El oráculo manual* y con *Arte de la prudencia* (1647) de Baltazar Gracián, inspirado en la lección de Castiglioni y Della Casa. Emilio Pasquini, en un ensayo muy completo dedicado a este historiador y escritor florentino, dice: «Maquiavelo es de la estirpe de Dante, que consuma la elaboración en el crisol de la fantasía y logra la redacción definitiva sin correcciones[...] Guicciardini pertenece a la estirpe de Petrarca, a la de los descontentadizos, los que pretenden alcanzar la expresión suprema, insustituible». LC

